

Josep de MAISTRE, *Considérations sur la France* (1797; reedición: Bruselas, Complexe, 1988)

La característica más destacada de las Consideraciones sobre Francia (1797), escritas por Joseph de Maistre (1753-1821) desde su retiro en Suiza, es la interpretación providencialista de la historia: Dios es quien mueve los hilos de la trama, aunque cada uno de los hombres que intervienen en ella crea actuar libremente. Y ha sido la divina Providencia quien ha permitido la revolución para castigar nuestros pecados y, a la vez, preparar la regeneración de Francia, que se producirá de forma natural a través de la reposición de los Borbones. Más adelante esta defensa de la intervención divina se conjugaría en sus escritos con la reivindicación de una sociedad jerarquizada en la que el poder espiritual del Papa se acompañase del poder temporal de la monarquía [Esteban Canales]

Estamos ligados todos al trono del Ser Supremo por una cadena flexible, que nos retiene sin sojuzgarnos. Lo más admirable del orden universal de las cosas es la acción de los seres libres bajo la mano divina. Libremente esclavos, actúan al mismo tiempo de manera voluntaria y necesaria: hacen lo que quieren, pero sin poder perturbar los planes generales. Cada uno de estos seres ocupa el centro de una esfera de actividad cuyo diámetro varía a voluntad del *geómetra eterno*, que sabe extender, recortar, detener o dirigir la voluntad, sin alterar su naturaleza (15)

La primera condición de una revolución en marcha es que ha desaparecido lo que podía prevenirla y que nada consiguen los que quieren impedirlo. Pero nunca el orden resulta tan visible y la Providencia tan palpable como cuando la acción superior sustituye a la humana y actúa completamente sola. Esto es lo que vemos ahora (18)

Hay en la revolución francesa un carácter *satánico* que la distingue de todo lo que se ha visto y quizá de todo lo que se verá. ¡Recuérdense las grandes sesiones!: el discurso de Robespierre contra el sacerdocio, la apostasía solemne de los curas, la profanación de los objetos de culto, la inauguración de la diosa Razón y esta multitud de escenas inauditas en las que las provincias intentaban superar a París. Todo esto sobrepasa el círculo ordinario de los crímenes y parece pertenecer a otro mundo (69)

Cuando se reflexiona sobre los hechos de los que da fe la historia, cuando se considera que la cadena de logros humanos, desde las grandes instituciones que han marcado una época del mundo hasta la más pequeña organización social, desde el imperio hasta la cofradía, tiene una base divina, y que la potencia humana, aislada, no ha podido dar a sus obras más que una existencia falsa y pasajera, ¿qué pensaremos del nuevo edificio francés y de la potencia que lo ha producido? Por mi parte, nunca creeré en la fecundidad de la nada (71)

Es sobre todo en el establecimiento y derrocamiento de las soberanías donde la acción de la Providencia brilla de forma más deslumbrante. Los pueblos en masa entran en estos movimientos como la madera y los cordajes empleados por un constructor y sus mismos jefes solamente son tales a ojos extraños, pues en realidad están tan dominados como ellos dominan al pueblo. Estos hombres que, tomados en conjunto, parecen los tiranos de la multitud, son a su vez tiranizados por dos o tres hombres, que lo son por uno solo. Y si este único individuo pudiera y quisiera contar su secreto, se vería que ni él mismo sabe cómo ha logrado el poder y que su influencia es el mayor de los misterios

tanto para él como para los demás y que circunstancias que no ha podido prever ni conducir han actuado por él y sin él (128)

La vuelta al orden no puede ser dolorosa, porque será natural y porque se verá favorecida por la acción creadora de una fuerza secreta. Ocurrirá lo contrario de lo que ha ocurrido. En lugar de conmociones violentas, desgarramientos dolorosos y oscilaciones perpetuas y desesperantes, una verdadera estabilidad, un reposo indefinible y un bienestar universal anunciarán la presencia de la soberanía (166)